

DE TUPAMAROS A SENDERO LUMINOSO. ALGUNOS DE LOS GRUPOS INSURRECCIONALES EN AMERICA LATINA CAMBIAN CON EL TIEMPO

*Gustavo Cuevas Farren**

En muy poco tiempo, los grupos insurreccionales han visto variar las condiciones que eran determinantes para su actuar. Estos cambios políticos, producidos en la Unión Soviética, el colapso de los regímenes de socialismo en Europa del Este, el aislamiento político de Cuba y la derrota electoral del sandinismo nicaragüense constituyen factores con una fuerte incidencia en la mantención y proyección de tales grupos.

No es un misterio que la URSS intervenía de manera clara, hasta el advenimiento de Mikhail Gorbachev, esti-

* Abogado chileno, obtuvo su diploma de posgrado en el Instituto Internacional de Administración Pública de París. Desde 1981 se desempeña como Director del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Chile donde es profesor de derecho político y derecho constitucional. Es autor de numerosos estudios sobre el desarrollo político chileno y latinoamericano.

mulando las acciones de estos movimientos insurreccionales. Con ello se pensaba crear dificultades al sistema capitalista, dentro de una concepción estratégica de prolongación de la Guerra Fría. Hoy se vive una historia distinta. Ya en diciembre de 1988, Gorbachov sostenía en las Naciones Unidas que, «El progreso mundial es posible únicamente mediante la búsqueda del consenso de toda la humanidad hacia un nuevo orden mundial». Con ello no sólo estaba notificando a los países de Europa del Este que se ponía fin al intervencionismo tradicional soviético, sino que además comunicaba a los llamados «movimientos de liberación nacional» que la etapa de ayuda solidaria había concluido.

La primera repercusión en América Latina de lo anterior es el aislamiento del régimen cubano. Castro tuvo que dejar de apoyar, por falta de recursos, a varios movimientos insurreccionales de este continente. El 26 de julio de 1989 reconocía, «Hay dificultades en el movimiento revolucionario mundial; hay dificultades en el movimiento socialista», para luego preguntarse, «¿Ante qué fenómeno estamos? ¿Acaso ante un tránsito pacífico del socialismo al capitalismo en esos países? Es posible». Este nuevo escenario produce repercusiones inmediatas sobre los movimientos insurreccionales de América Latina, generándoles sus propias crisis.

Los grupos han reaccionado de manera diferente ante este brusco cambio de escenario, dentro del cual también debemos incorporar, como dato, la internalización en América Latina de los procesos de transición democrática. A la luz de estas nuevas variables, entonces, es posible trazar el siguiente diagnóstico de los movimientos subversivos latinoamericanos.

Grupos que persisten en la vía armada

Este fenómeno ocurre, fundamentalmente, en Perú y Chile. En Perú existen dos movimientos insurreccionales, el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) y Sendero Luminoso. Sobre el MRTA se puede señalar que es una expresión ultrista del marxismo peruano que

sigue las orientaciones insurreccionales tradicionales. Se adhieren a la consigna de que todas las formas de lucha son válidas. Caracterizan al movimiento político peruano «como un período prerrevolucionario prolongado, cuya tendencia es hacia una profundización de la crisis social, económica, política y a la polarización de las fuerzas que conducen inevitablemente a enfrentamientos cada vez mayores y decisivos». Con todo, este grupo por su proximidad con algunos sectores de la izquierda política peruana, puede, eventualmente, suspender sus acciones armadas. Esto es más probable que una alianza con Sendero.

Sendero Luminoso es el grupo violentista que mayor crueldad revela en sus acciones, las que no supedita a ninguna consideración política de tipo contingente. Su proyecto de poder se inscribe en el largo plazo. Su oposición frontal es contra el sistema político. En una reunión clave de su comité central, se definieron como opuestos a cualquier posibilidad consensual. «Nuestra política es arrasar. No dejar nada. A los ganados hay que charquearlos. En la guerra lo que no se puede usar o llevar, se destruye o se quema». Su máximo líder, Abimael Guzmán, es categórico al rechazar cualquier posibilidad de diálogo. «El diálogo simplemente apunta a frenar, a socavar la guerra popular. ¿Quiénes pueden hablar de diálogo? Los revisionistas, los oportunistas y los que tienen esperanzas en este orden demo-burgués».

En Chile los grupos extremistas son básicamente dos, el Frente Manuel Rodríguez Autónomo y el Mapu-Lautaro. Respecto del primero se puede afirmar que a partir del momento en que el Partido Comunista les quitó el respaldo político, viene siendo afectado por fuertes tensiones internas que lo han conducido a una crisis de fragmentación y de atomización.

El Mapu-Lautaro es quien se plantea como el grupo armado de mayor potencialidad y, por lo mismo, el que más puede lesionar el sistema democrático a mediano plazo. Se debe considerar que su proyecto de poder es a largo plazo. Cuestión esta que en una lectura inmediata no se aprecia por cuanto el discurso político que muestra

hacia la juventud y los sectores marginales es aparentemente desideologizado y coyunturalista. Sin embargo, señala que, «La versión moderna del capitalismo, en su expresión de desnacionalización-transnacionalización, agudiza las contradicciones y las razones de la revolución. El asunto es que somos más capaces... el desafío es inmenso, pero perfectamente posible. Se trata de empujar la revolución, de acercar la victoria. Esta década, la de los noventa, puede y debe ser de victorias revolucionarias».

Grupos que negocian su inserción en el sistema

En este caso es posible ubicar algunos grupos colombianos, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que ya han pasado por una etapa como ésta durante el gobierno de Belisario Betancur; la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador.

Promediando los años ochenta, la FARC se inserta directamente en el terreno político-institucional, creando para ello la Unión Patriótica, no obstante, en el gobierno de Virgilio Barco, dan por terminada la tregua y retornan a las armas, formando luego con otros grupos, la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Pese a esto, hacia la finalización del gobierno de Barco, la Coordinadora Guerrillera hace presente su espíritu favorable a un diálogo con el Estado, afirmando en junio de 1989 que, «La unidad de todas las fuerzas patrióticas, revolucionarias y progresistas, la participación, la movilización y la lucha del conjunto de nuestro pueblo lograrán la reconciliación, la democracia y la conquista de un gobierno pluralista que sintetice los anhelos del pueblo colombiano». Las tentativas de inicio de un diálogo sostenido están en pleno desarrollo.

La URNG, por su parte, ha dialogado con las autoridades guatemaltecas después de Esquipulas II, definiendo esta instancia así: «El diálogo nacional constituye una fase básica de la construcción de la democracia para forjar la más grande alianza de fuerzas revolucionarias y demo-

cráticas. Una alianza de este tipo tendría la capacidad de sentar las bases de un modelo de desarrollo que resuelva los problemas de miseria, injusticia y atraso». La alusión a la elaboración de un nuevo modelo de desarrollo como fruto del proceso apunta más a una convergencia política que a una resolución militar de la lucha.

El caso del FMLN es, actualmente, el mejor ejemplo. Durante más de una década impulsó una insurrección sostenida que, en varios momentos, ha alcanzado el grado de ofensiva general. Ha participado también, en varias ocasiones, en procesos de diálogo.

Pero la diferencia entre el pasado -gobierno de José Duarte- y el presente -gobierno de Alfredo Cristiani- es que el diálogo de ayer era considerado sólo una herramienta táctica, en tanto el de ahora lo sienten como una necesidad política, percibiendo el aislamiento internacional.

En 1991, teniendo a las Naciones Unidas como mediadora, la guerrilla salvadoreña ha negociado aspectos relevantes para su incorporación al sistema político, reformas constitucionales, electorales y judiciales; un pacto económico-social y una promesa de no confrontación de parte de las fuerzas armadas. Hoy, el comandante guerrillero Francisco Mena puede afirmar, «Tras una guerra necesaria estamos a las puertas de una negociación difícil. Un nuevo desafío... no estamos por prolongar la guerra». El 1 de enero de 1992 se dio a conocer un primer acuerdo global entre las partes y el cese al fuego comenzó el 1 de febrero.

Grupos que se han insertado a la institucionalidad

Esto no es algo novedoso que sea fruto sólo del contexto internacional que hemos descrito al comienzo del artículo. En efecto, a causa de la revalorización de la democracia, en el período posautoritario de América Latina, muchos grupos abandonaron las armas para convertirse en actores políticos legales: los Montoneros, de

Argentina, que se insertan como corriente de izquierda en el peronismo para luego diluirse, y los Tupamaros de Uruguay que son, en el presente, un miembro más del Frente Amplio, agrupación legal uruguaya.

Las incorporaciones recientes, empero, son las que han llamado más la atención. En Ecuador, la débil guerrilla del Grupo Alfaro Vive, ha terminado dejando las armas e insertándose en la izquierda democrática.

En Colombia se presenta el caso más notable, con el M-19 y el Ejército Popular de Liberación, que han formado la Alianza Democrática 19 de abril, corriente política legal que tiene hoy representación parlamentaria y que participó de la asamblea constituyente en 1991.

El proceso de incorporación definitiva comienza en 1988, cuando se realiza la llamada Reunión de Salvación Nacional. Este diálogo fue la antesala para la incorporación del M-19 al sistema político, debido a que posteriormente el Ministro del Interior, César Gaviria, entra a formar parte de las conversaciones. Esta vez el proceso de paz logra su objetivo. Así, la incorporación del M-19 al sistema institucional se produce en 1989 en las postrimerías de la administración Barco, pero es considerado como un logro de su ministro del interior.

En 1990 comienza a participar de los procesos electorales, consiguiendo en las elecciones presidenciales el tercer lugar con 750.000 votos. El mismo Gaviria, al asumir como Presidente de la República, nombra a Antonio Navarro Wolf como Ministro de Salud. Este justificará su ingreso al gobierno diciendo, «Para una guerrilla que hace seis meses todavía estaba en el monte, formar parte del gobierno es muy significativo dentro de su proceso de institucionalización ante los ojos del país y del mundo».

En diciembre de 1990 se celebran en Colombia elecciones para la Asamblea Constituyente. La Alianza Democrática 19 de abril logra casi un millón de votos, superando su votación precedente. Su grupo de constituyentes fue clave para los consensos internos obtenidos

tanto con liberales como con sectores populistas del conservismo. En consecuencia y al parecer, con su presencia se rompió definitivamente el tradicional bipartidismo colombiano.

En conclusión, se puede sostener que la insurrección no constituye hasta la fecha una amenaza seria para la estabilidad de los sistemas democráticos, debiendo tal vez colocar como excepción la situación peruana con Sendero Luminoso. El colapso del socialismo real ha quebrado las utopías y ha quitado mística a estos grupos. Las variaciones en el contexto internacional les ha restado el importante apoyo externo. La universalización de la democracia, por último, los ha dejado de espaldas a la realidad.

En: *Norte-Sur*, abril-mayo 1992. Vol. 1, Nº 6. (U. de Miami).

